

## *La paz de mi lámpara*

EGAN se honra hoy en anticipar a sus lectores, que habrán de agradecersele sin duda, unas páginas de prosa jugosa y emocionada, del libro "La paz de mi lámpara" de nuestro querido colaborador José de Arteche, que va a aparecer en breve para llevar el encanto de su luz íntima y recogida, a sus numerosos lectores, que lo esperan con impaciencia.

### LA ILUSION DEL CAMPO

Poco a poco, mi vista, acomodándose al nuevo horizonte, va descubriendo motivos amables. Desde la ancha terraza trasera de mi nueva casa, una terraza enlosada de baldosines rojos y limitada a todo lo largo por un ancho reborde, veo, al fondo, la cruz del monte Buruntza y la redonda y verde loma de Puyo, cuya cumbre remata un chalet color carmín, las ventanas azules y el techo de pizarra, rodeado de árboles que se recortan graciosos en el horizonte.

Más cerca, a la derecha, en un parque enfrente de un edificio de planta baja que comparte funciones de parque municipal y escuelas municipales, unos colosales plátanos se mueven al viento, y al otro lado, en una loma de mucha pendiente, dos hombres escardan en unos bancales muy angostos.

En lo alto de esa loma se levanta un asilo y una clínica, dominando unas casas en lo bajo. Una de esas casas tiene macizas persianas exteriores que, al cerrarse sobre las ventanas que protegen, acentúan la sensación de intimidad. Es una casa a la antigua y como algunas de su entorno tiene aldaba. A veces oigo en la alta noche el resonar de cuatro aldabas y luego, después de un espacio, su repetición lenta e imperiosa.

La vía del ferrocarril del Norte pasa también por detrás de mi casa. Más allá de la vía, debajo del terraplén, comienza una calzada muy fina que suelen animar las niñas uniformadas que van a un colegio. Otro grupo de casas se levanta junto al arranque de esa cuesta. Las Ordenanzas Municipales acostumbran ser tolerantes con sus vecinos. De los balcones pende a cualquier hora la ropa puesta a secar.

La vista del tráfico incesante de la calle desde los balcones de la fachada apenas me interesa; me atrae muchísimo más ese otro desordenado conjunto, entre campesino y suburbial, que dora el sol al ponerse, mientras de las chimeneas asciende el humo lentamente y en el parque resuena la algarabía de los niños debajo de los enormes plátanos, tranquilos gigantes amigos.

Algunas veces, al anochecer, veo a los hombres de los banales prendiendo fuego a los montones de maleza que apartaron durante la faena. Las hierbas arden despidiendo espesa humareda. Y suele oírse a los perros que ladran y se responden lo mismo que en el campo.

Al borde mismo de la ciudad, el mirar a los hombres que después de su trabajo, al ocaso del día, benefician sin prisa sus franjitas de tierra; o también, la contemplación de una huertecita al pie de mi solana, me produce la impresión del campo.

A través de las cortinas miro a la ciudad, a esa fea parte de la ciudad, un barrio sin gracia realizado con fines de especulación. Por el otro lado huele a campo. La calle no me pertenece, pero esta otra vista es, hoy por hoy, una de las pocas pero mejores cosas que poseo.

## EL TREN

Durante nueve años utilicé diariamente el tren y ahora todos los días contemplo el paso de los trenes sin salir de casa. Ser viajero durante nueve años es un buen aprendizaje para aprender a mirar como es debido el paso de los trenes, para comprender el camino y a los que caminan por el camino.

Ya dije que la vía del ferrocarril pasa por detrás de mi casa. Los trenes, al igual que el paisaje circundante, constituyen también una de las porciones que integran mi vida. Cuando voy al sueño o vuelvo del sueño, veo siempre, a través de las cortinas, la sombra de un tren que pasa: sombra negra el verano, luminosa el invierno.

Uno de los andenes del apeadero de Gros llega hasta muy cerca de mi terraza. Mirar desde ella el paso de los trenes o a la gente que aguarda en los andenes a los trenes tranvía que allí tienen parada,

es un entretenimiento que no por repetido deja nunca de ofrecer alguna novedad.

Entre los viajeros de los trenes tranvía están los abonados. Casi siempre aparecen a las mismas horas; sus rostros llegan a hacerse familiares. Nunca miran de la ventanilla afuera; por lo general, están sumidos en la lectura del periódico o abstraídos en el cigarrillo que fuman o la conversión con el viajero que tienen enfrente.

Los viajeros de los trenes internacionales que pasan en tromba son el polo opuesto a los abonados. La cercanía de la ciudad reúne en el pasillo a los viajeros de los "Wagons Lits" que vienen de la parte de Francia. Pasan mirando al exterior con ojos ávidos que quieren sorberse todos los detalles.

Mis niños, subidos al ancho pretil de la terraza les saludan, a veces, con la mano, y entonces resulta curioso observar el contagioso efecto del candor infantil en los corazones viajeros. El saludo inocente de unos niños les revela en gran parte el misterio del viaje.

En cambio, en el último vagón de los trenes de lujo, el cocinero, con su pañuelo blanco anudado al cuello y fumando un cigarrillo apoyado de pechos a la ventanilla, tiene la cara del viajero forzado a quien el paisaje le resbala con absoluta indiferencia.

La mirada de los viajeros del correo descendente vuelta hacia las casas con expresión triste y cansada, pero anhelante de intimidad, suele muchas veces dejarme su tristeza prendida en el alma. En cambio, los ambulantes asomados a la puerta corrediza del coche correo que charlan animadamente y a veces saludan cariñosos después de liberados del trajín de la correspondencia para la capital, dejan al pasar una invisible estela de optimismo.

El jactancioso pitido de *El Cardecha*, *El Eresma*, *El Jarama*, *El Pisuegra*, *El Cinca*, locomotoras supervivientes de la época de tracción a vapor, algunas de ellas del pasado siglo, locomotoras de elevada chimenea, altas ruedas y panzuda caldera, me resulta familiar. Generalmente suelen pasar al atardecer jadeando apresuradas. Otras veces van arrastrando una larga hilera de plataformas donde con las piernas fuera van sentados los obreros de la vía. Estos obreros siempre aparecen alegres. El continuo andar de un lado para otro y el continuo trabajo al aire libre son acaso los motivos de su alegría.

Ya no asustan a mis pequeños las grandes máquinas eléctricas horadando la oscuridad con su potente foco, ni tampoco el ensordecedor estrépito del Talgo que pasa veloz, ni el imperioso silbido de los trenes que estremece la noche.

Los domingos por la noche, los muchedumbres juveniles que regresan de los pueblos cercanos, descienden en el apeadero desde los

largos trenes tranvía, con voces de fin de fiesta, exclamaciones, cánticos estropeados, silbidos. Pero los andenes no alcanzan a todo lo largo del tren y el descenso de la gente a la vía desde los altos estribos es pródigo en toda suerte de incidencias.

El espectáculo ofrece el verano otros matices. El día de San Marcial nunca falta algún grupo de chicos y chicas vestidos de blanco con la boina roja en la cabeza y el pañuelo colorado al cuello.

Las mañanas de regata, Fuenterrabía, Irún, el Baztán, Oyarzun, Rentería, Pasajes, se vuelcan con apresuramiento detrás de mi casa. Por la tarde, al regreso, cuando el tren arranca, mis dos chicos mayores, a quienes como es natural les tira mucho la tripulación de Orio porque no en balde vivieron en Zarauz, gustan de exasperar a estos viajeros.

—¡Viva Orio! —suelen gritar a dúo poniendo la mano izquierda en bocina en el momento que el tren arranca.

Y todas las ventanillas del abarrotado tren se arraciman de cabezas que, como un trueno, protestan al unísono.

—¡Fuera, fuera, fuera!

Pero la ancha risa de mis chicos, felices de haber conseguido el efecto que se proponían, desarma pronto la irritación de los viajeros.

## EL HUERTO

Llevarle huerto es excesivo. Sería mejor decir que se trata de un pañuelo de terreno. Está entre la casa y la vía del tren, en la misma base de mi terraza. Para poner los pies en este huertecito basta casi un salto.

Un veterano ferroviario navarro, un hombre serio y enjuto, beneficia a ratos libres, con mucha ilusión, esta estrecha franja de terreno. Destina una mitad a huerto y a corraleta la otra mitad. El huerto está separado del corral por una chabolilla con tejado de urallita; el huerto y la vía por una alambrada, y la corraleta y la vía por un seto vivo. Al abrigo de la pared de mi terraza crece una parra y en una esquina de la huerta un ciruelo injertado.

A veces, cuando estoy trabajando, oigo los golpes, pausados, del hacha de Sebastián, el ferroviario, que corta leña en el corral. Me gusta oír esos hachazos; no sé decir por qué, experimento al escucharlos una rara sensación de seguridad. Y salgo a despejarme charlando un ratillo con el viejo ferroviario.

—Llevo cuarenta años viviendo aquí —me dijo el día que le conocí—. Y aquí me moriré de viejo. Mis hijos son de aquí y no quie-

ren ni oír hablar del pueblo. Tuve siete hijos en nueve años. Y los saqué a pulso, a pulso. Vaya... Cuando no había puntos. En mi tiempo no había puntos. Con trece reales...

Me lo dijo con lentitud esgrimiendo el hacha con que despedazaba una carcomida traviesa.

—Pues vaya, que también usted... Pero hoy tienen más consideración. Pero, entonces, ¡hay que ver qué desprecios! Uno tenía hijos y no había forma de conseguir un piso.

La voz —una voz muy grave— le temblaba a Sebastián.

El viejo ferroviario trabajaba hoy en el huerto rodeado de dos de sus nietos, un niño y una niña, muy limpios, de unos ocho años. Poco después, tomándolos de la mano, salía por la puerta del corral y atravesaba con ellos la vía, después de bien asegurarse que no venía ningún tren. Al volver me decía:

—No me gusta que vengan. Pasan tantos trenes...

Asomaba, camino de Irún, un largo tren de mercancías, un tren naranjero con sus característicos ventiladores giratorios en el techo de los vagones.

—Mañana comerán esa naranja en Inglaterra. ¡Qué adelantos! Les cambian las ruedas a los vagones en Irún y ¡adelante! hasta un sitio que no sé cómo le dicen, un nombre muy raro. Allí... a los barcos, con vagones y todo. ¡Esa sí que es naranja! Aquí comemos la peor y la más cara.

Sebastián, al retirarse a casa al oscurecer, se ha detenido junto al ciruelo que crece en un ángulo del huerto, y luego, moviendo la cabeza pensativo, ha dicho:

—No sé, no sé. Voy a tener que darle con el hacha. Lleva tres años que no da nada.

## LA AZOTEA

Mi casa remata sus seis pisos con una azotea. Un terrado como dudo que haya ningún otro en toda la ciudad. No exagero nada: la donde vivo, antes de ser habilitada como casa de vecindad, sirvió de casa-cuartel del Cuerpo de Miqueletes, la pacífica milicia provincial del poncho azul y la boina y pantalones colorados disuelta durante la última guerra civil. La azotea estaba concebida como un ancho y seguro lugar de esparcimiento para la bonachona milicia de Guipúzcoa. Y puesto que inesperadamente estoy en el trance de hacer pequeña historia, diré también que el cuartel de Miqueletes fué edificado sobre una casa que se llamaba "Flamenko-enea", un nombre que

evoca algún lejano inmigrante que procedía de Flandes y se estableció en las entonces afueras de la ciudad.

Desde esa azotea que digo domino la ciudad y veo el Urgull, Iguel-do, Mendizorrotz, Pagoeta, Ernio, Buruntza, posiblemente alguna de las cimas del Aralar, Larrun y Ulía.

Un día descubrí jubiloso con el catalejo las cruces del Pagoeta y del Ernio. Pero, sobre todo, recortándose airosa en lo más lejano, veo la cima del Izarraitz, la montaña de mi valle, la montaña de mi pueblo. Al principio me resistía a creer que aquél fuese el armonioso espaldón de mi montaña, pero recordé pronto que desde media ladera del Izarraitz, desde la fuente de Azketa, se divisa en días claros el barrio de la ciudad donde resido.

Conozco un amigo que ama tanto esa montaña que una vez subió a su cumbre con un martillo y desgajando un pedrusco de la roca más alta se la llevó consigo a su casa de Madrid. Y allí le sirve de pisapapeles y de remedio a la nostalgia. Yo tengo más suerte que mi amigo. Mirando desde la azotea en dirección a mi pueblo, me imagino que el Izarraitz me pertenece.

Me basta subir a la azotea para sentirme rodeado de las montañas familiares. Mi vista cubre volando las distancias. En los días invernales, el catalejo me produce la impresión de hallarme en las alturas cubiertas de nieve. Mientras tanto el viento sopla inclemente y entonces necesito recorrer la azotea a grandes trancos soplándome las manos.

Mi azotea es un magnífico mirador para la contemplación del lento y confidente crepúsculo de junio. La luna se abrillanta. Un inmóvil humo azulado cubre la ciudad. El farolero, con su larga pértiga, va encendiendo las frías luces de gas dando pátina antigua a la ciudad reciente.

Desde la azotea contemplo el pasear de la gente los domingos por la tarde. Los domingos la gente camina con lentitud; el domingo se distingue de los días de labor en la lentitud de la gente; el domingo es el día de caminar despacio.

El atardecer dominical crea el silencio; lo solemne de los atardeceres domingueros está en el silencio. En el corazón del silencio habita Dios. Los domingos por la tarde afloran en el alma esas cosas que de puro delicadas y profundas da miedo intentar escribirlas porque son incomunicables.

No hay regalo como esa azotea para un hombre como yo con pasión de lejanías. Para un viajero incurable como yo, viajero anclado del corazón adentro, que llevo recorrido más de la mitad del camino, esa vista de la montaña que me despierta la infancia se me

imagina un delicadísimo obsequio de Dios nuestro Señor. Para mí, la azotea de mi casa es una maravillosa estación inicial para realizar excursiones con el recuerdo.

Yo no volveré; la vida me llevó a otros caminos, pero desde esta misma casa que Dios me tenía reservada y que amo ya de corazón, podré, cuando quiera, contemplar el montañón de mi niñez. ¡Qué regalo más admirable para quien, como yo, todo o casi todo cuanto realiza, le viene de sus años infantiles! La infancia me dicta; yo me limito a escribir.

Allí, al pie de mi montaña está mi pueblo. Mi pueblo. Todos mis anhelos, pueblo mío querido, pasan siempre por ti. Desde mi azotea, no te veo, no puedo verte, pero diviso la montaña en cuyo regazo te cobijas. ¡Tú, pueblo mío, eres mi raíz y guardas mis anhelos. Voy siempre asido a ti; te llevo adentro!

